

# SANTIAGO GAMBOA

## Octubre en Pekín



LITERATURA RANDOM HOUSE

Santiago Gamboa

**Octubre en Pekín**

Literatura Random House

## SÍGUENOS EN



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Carl y Marni Crook,  
en su bella casa del Parque del Bambú Púrpura.*

*A Sergio y Marianela Cabrera,  
por su generosa agenda china.*

## HONG KONG

## 1

El mar de China es un inmenso espejo de pizarra. Opaco, gris. Salpicado por decenas de pequeñas islas y cayos dispersos. Son las siete de la mañana. Una pesada cortina de aire desdibuja, a lo lejos, las fachadas de los primeros edificios. Hace calor. Hay vegetación tropical a las afueras, flores enormes y árboles de sombra. El aeropuerto se llama Kai-Tak y está en la isla de Lantau.

En este mismo lugar se encuentra el monasterio de Po Lin, fundado en 1905 por monjes budistas de varios países del sudeste asiático. En lo alto del cerro hay una estatua de Buda en bronce de doscientas cincuenta toneladas. Un prodigio humano que, a la vez, testimonia devoción y buenas finanzas. La isla tiene una montaña con una elevación de novecientos treinta y cuatro metros sobre el nivel del mar. Su especialidad es el «té de la nube y la niebla».

Una autopista de varios carriles nos conduce a la ciudad, en medio de silos de fábricas, bodegas y enormes edificios. La ruta va saltando de islote en islote a través de puentes colosales. Los barcos de gran calado esperan en el mar. Los remolcadores van y vienen acercándolos al puerto. Otros barcos, más pequeños, van dejando una estela blanca en el agua. Hay, a los lados, viejos depósitos de contenedores húmedos, tragados por el viento salino. Al fondo, en la península de Kowloon —que quiere decir, literalmente, «Nueve dragones», por sus nueve colinas—, comienza la ciudad, pues el nombre de Hong Kong se le da de modo genérico a la suma de dicha península, los New Territories y la propia isla de Hong Kong.

Éste es, pues, el gran puerto de Asia, la ex ciudad británica de China, el rico e industrial protectorado que lideró el cambio económico de toda la región, y que hoy tiene el mayor porcentaje de

automóviles Rolls Royce por habitante de Asia. ¿Tal vez del mundo? Podría ser. La historia de este lugar, que hoy tiene un estatuto especial en el interior de China, es de sobra conocida. Fue concedida a la Corona británica por noventa y ocho años tras las guerras del Opio, como parte de una humillante capitulación del Imperio a Su Graciosa Majestad, que a su vez debió devolverla a Pekín en 1997. Tiene 6,7 millones de habitantes repartidos en setenta y ocho kilómetros cuadrados. Ciento cincuenta mil fábricas. Treinta mil restaurantes. Ciento cuarenta bancos. Según datos de la aerolínea Cathay Pacific, tres millones de celulares se pasean en los bolsillos de los hongkonitas. Además del budismo y el tao, aquí se practica la doctrina del beneficio, del enriquecimiento rápido, obsesivo. Pero se adivina también, al lado de la opulencia, una visión amarga y triste de la pobreza: edificios desconchados, agrietados por la humedad, con la pintura soplada. Torres de cuarenta y cinco pisos erguidas hacia el cielo. ¿Cuántas personas vivirán hacinadas detrás de esas ventanas? Se ven, allá arriba, colganderos de ropa secándose al sol. En medio de las torres aparecen sórdidos callejones. La avenida llega a algo que podría ser el centro de la ciudad. En Waterloo Road vemos un mercado pobre que huele a vísceras de pez y es como una herida en el rostro. Rostro lleno de llagas, pero también de ojos luminosos.

Los que vienen conmigo en el transporte del aeropuerto observan inquietos el panorama. En sus comentarios hay desilusión. Esperaban, sin duda, el Hong Kong de las viejas películas. Hombres de faldellín y gorro triangular empujando rickshaws; brazos de agua repletos de sampanes. Pagodas. Eso esperaban y se encuentran con esto. Pero Asia es así. La gente anda en jeans. Los edificios no difieren mucho —excepto por su altura— de los de las barriadas periféricas de Londres o París. Este tipo de turista odia el desarrollo, saber que los «nativos» del pintoresco país al que llegan tienen seguro de vida y tarjetas de crédito.

El hotel en el que me alojo se llama Royal Plaza —lo elegí por ser el nombre de un cine de Bogotá—, y resulta ser otra de esas inmen-

sas torres. Tiene ciento cuarenta habitaciones por piso, y, por estar en una colina, sólo tiene dieciocho niveles. Es un hotel de cuatro estrellas que obtuve a bajo precio gracias a los convenios de la aerolínea con los pasajeros que están de tránsito en Hong Kong. Su recepción, llena de dorados, fuentes con luces de colores y ujieres de librea, haría las delicias de cualquier «nuevo rico», pues su estética parece extraída de los sueños faraónicos de un narcotraficante de Medellín, de un mafioso siciliano, de una estrella de Hollywood. Brilla el cobre sobre el mármol. Un hilo musical trae al oído los sonos de una alambicada melodía oriental. Hay espejos en el techo y las paredes. Los empleados tienen una actitud servil hacia los huéspedes, con venias y sonrisas. Las columnas del lobby tienen capiteles corintios en mármol negro y lirios de oro engastados, haciéndole juego a reproducciones de la Venus de Milo en alabastro. Un espeso tapete rojo sangre atraviesa los portales de la suntuosa entrada y llega hasta el andén, donde paran los taxis para dejar a sus pasajeros.

El destino final de este viaje es Pekín, pero pensé que sería bueno conocer antes a los chinos ricos de esta «posesión insular», como llama a Hong Kong el escritor Timothy Mo. «China se desarrolla del océano hacia el interior», le oí decir alguna vez a un empresario en Roma. Aquí el idioma chino va a la par con el inglés, lo que es una gran ayuda. Por todas partes se ve la influencia británica, empezando por el timón a la derecha de los carros.

El hotel está situado en la colina de Mongkok, en Kowloon, sobre la ruidosa Prince Edward Road. El paisaje urbano, ese barroco asiático que también puede verse en los centros populosos de Bangkok o Singapur, adquiere aquí proporciones inusitadas. El comercio es el rey. Parece no haber una puerta, un centímetro de calle que no sirva para ofrecer mercancías a los transeúntes. Cachivaches, juguetes, tiendas de informática, televisores, radios, relojerías, picanterías y tiendas de comida, ventas de cigarrillos y periódicos. Hong Kong tiene el mismo calor tórrido del trópico, y por eso al dar un paso hacia cualquiera de estos comercios se siente el golpe frío del aire

acondicionado. La zona de Mongkok es toda así, pero al caminar hacia Nathan Road, la arteria comercial más importante de Kowloon, encuentro algo aún más sorprendente. Los comercios, en su lucha por llamar la atención, despliegan sus avisos con largos brazos de hierro hasta el centro de la calle. Son paneles de todos los tamaños y colores, alineados uno detrás del otro, con vistosos caracteres chinos. Los brazos que los sostienen dejan ver cables eléctricos oxidados y cubiertos de caca de paloma. Son cientos y cientos. El resultado es una clamorosa claustrofobia. Un túnel de colores vivos que recubre la avenida de lado a lado, como una selva.

Un tridente de calles, la Fu Yuen, la Tung Choi y la Sai Yeung, forman un abigarrado mercado de peces, mariscos, grano, legumbres y fruta fresca. Los olores a especias se mezclan con el aroma de vegetales descompuestos, apilados en los bordes de las calles. Peces de todos los tamaños son lavados con chorros de manguera entre los gritos de los vendedores, que anuncian su mercancía gesticulando. Hay también fritanguerías de *saté*, los pinchos al estilo indonesio; salchichas en aceite, platos calientes; los noodles, esas pastas delgadas hechas en caldos de carne, emergen de humeantes ollas y son servidos en cajitas de icopor para ser comidas de pie, con palillos. Huele a picante, a cebolla. Por el medio de la calle pasa un microbús. Su exhosto deja una estela de humo negro que cubre por un segundo el aroma del mercado. La mezcla de calor, humedad, *smog* y los fuertísimos olores del pescado provocan arcadas. Caen gruesos goterones de los ventiladores de aire acondicionado. El aire que expelen, afuera, es aún más caliente.

En otras zonas del mercado aparecen, una tras otra, las célebres farmacias chinas. Sus escaparates están llenos de rarezas para los ojos de un occidental: tripa seca, estómago de pez, aleta de tiburón, raíces. El estómago de pez se hierve en agua y se toma para la gastritis; los pescados secos se ofrecen en atados y hay de todos los colores y tamaños, según la dolencia. Al lado, el dios supremo de la medicina natural asiática: Su Majestad el Ging Seng. Lo venden de variadas formas: desde la raíz natural, que es la más cara, pues una

sola pieza puede llegar a los dos mil dólares estadounidenses, hasta su tratamiento en tabletas, pastillas de vitamina, té e infusiones. Hay también raíces y hierbas para esa otra forma de salud y bienestar llamada «aroma terapia». La mayoría de los chinos, sobre todo aquí en Hong Kong, han llegado a una salomónica división de saberes: la medicina tradicional les sirve para prevenir y mantenerse fuertes, la occidental para curaciones urgentes.

Sigo por Nathan Road hacia la zona de Tsim Sha Tsui, que es la punta de la península de Kowloon, el lugar desde donde salen los ferrys que van hacia la isla de Hong Kong, separada del continente por un corto brazo de agua. El panorama se repite: anuncios luminosos, edificios de treinta y cinco pisos oscurecidos, sucios, con algunos vidrios rotos. Del alféizar de una diminuta ventana cuelgan los brazos de un niño. Su pequeña cabeza mira hacia abajo. Se ve que está empinado, pues tiene la barbilla recostada en el borde. Observa la calle. Imagino espacios incómodos, estrechos. Imagino cómo será la vida de ese niño, rodeado de cemento y avenidas.

Avanzando hacia Tsim Sha Tsui el paisaje va cambiando. Los edificios ya no tienen la pintura soplada. Comienzan a surgir torres de vidrio oscuro. Los almacenes ostentan vitrinas elegantes. El barroco asiático queda atrás y aparecen las grandes firmas de Occidente: Benetton, Timberland, The Body Shop. Un suntuoso edificio exhibe su nombre en letras grandes: Park Lane Shopper's Boulevard. Es un centro comercial. La zona está llena de centros comerciales, cada uno más lujoso que el anterior, con ascensores de vidrio, palmeras, escaleras eléctricas de diferentes velocidades. Estos *malls* se van sucediendo y ocupan todas las manzanas. Los comercios pequeños quedan relegados a las calles laterales.

Delante de un parque aparece una horrible construcción. ¿Qué puede ser? Me acerco. Es la mezquita de Hong Kong. Sus colores, blanco y rojo, azul turquesa y verde, rechinan en la soleada tarde. Los alminares rematan en linternas doradas. La China comunista sojuzgó la fe y las religiones, pero aquí en Hong Kong hubo libertad para desarrollar los diferentes cultos. Hay iglesias católicas, sinago-

gas, templos budistas y taoístas. Es una sociedad multiconfesional, la hongkonesa.

Al fondo de Nathan Road está el hotel Península, el más elegante de la ciudad. Este hotel fue construido por los ingleses a principios de siglo y es el equivalente del Oriental de Bangkok o del Raffles de Singapur. Es decir, el lugar obligado para tomar un coctel. No tiene una historia tan literaria como la del hotel Railles, con las habitaciones de Joseph Conrad y Somerset Maugham, pero sí comparte el lujo colonial, los altísimos techos, la sobriedad majestuosa con la que los arquitectos de la «pérfida Albión» recordaban a sus súbditos la grandeza de la metrópoli. Al fondo del Península y del hotel Sheraton, al final de la avenida, se alza una misteriosa construcción de ladrillo oscuro que tiene todos los requisitos de exageración, desenfreno y arrogancia que suelen caracterizar los edificios públicos. Y éste, en efecto, lo es. Se trata de un gran centro social que incluye museo, teatro y salón de actividades culturales. En el teatro se presenta la ópera *Tosca*, de Giacomo Puccini. Detrás hay un parque, y, desde ahí, como en un espectacular plano cinematográfico, aparece el imponente perfil de Hong Kong.

Centenares de torres, gigantescos avisos luminosos, el cerro del Peak, el canal rebosante de ferrys, barcos de gran calado, lanchas privadas, sampanes. Cada tanto un helicóptero aterriza en el techo de uno de estos grandiosos edificios. Otros parten, llevándose a quién sabe qué opulento jefe de negocios, *broker* o inversor hacia el aeropuerto de Kai-Tak.

Entre esa arquitectura, modernísima, destaca el edificio del Banco de China, del famoso arquitecto I. M. Pei —autor de la Pirámide del Louvre, en París—. También el Centro de Convenciones, en un islote artificial, que recuerda la Ópera de Sydney, con techos aconchados que caen en elipse, reproduciendo la curva de una madreperla. Mirando desde Kowloon los nombres de las gigantescas vallas se puede ver el principal motor de la riqueza hongkonita: Hitachi, Siemens, Samsung, Philips, Compaq, Sharp, Panasonic, Toshiba, Olympus, Sanyo, Aja, Canon, Nec, Nikon, Mita, Bosch... En suma, electrodo-

mésticos, informática, óptica, sonido. Parece mentira que hace apenas cien años —poco más del tiempo normal de una vida— Hong Kong fuera un puerto dedicado al comercio de especias y sedas.

## 2

El gran narrador de Hong Kong es Timothy Mo, sin duda el cronista más agudo del choque entre los valores tradicionales chinos y los occidentales. Mo nació en Hong Kong en 1950, hijo de un padre cantonés y de una madre inglesa. Creció en la isla y más tarde trabajó como periodista en Londres.

En su primera novela, *The Monkey King (El rey de los monos, 1978)*, Mo muestra a través de su héroe, Wallace Nolasco, el contraste cultural vivido por los chinos en el Hong Kong de los años cincuenta, sobre todo de aquellos que vieron enfrentados los severos y dogmáticos principios de Confucio (la tradición Li) con el individualismo y la libertad del estilo de vida occidental.

Pero fue su tercera novela, *An Insular Possession (Una posesión insular, 1987)*, la que lo convirtió en un autor internacional. En ella, Mo recrea los orígenes del antiguo protectorado británico desde antes de las guerras del Opio a través de una extensa galería de personajes en Cantón y en Macao: artistas, sacerdotes, colonos, echando mano de todo tipo de argucias literarias para dar una visión macroscópica de la realidad: editoriales del *Canton Monitor*, un diario de la época, o la correspondencia oficial de la United East Indian Company, es decir, la compañía comercial que sembraba el opio en India y lo exportaba a China para arrullar los sueños del gigante. Desde fines del siglo XVI, Macao era ya una colonia comercial portuguesa que exportaba a Europa el té, las porcelanas y las sedas chinas, artículos sumamente apreciados por las cortes europeas. La novela comienza en Cantón, a principios del siglo XIX. Hong Kong, recién nacido, es descrito así:

*Del Lin Tin Bulletin and River Bee*

Miércoles, 11 de septiembre de 1839

Vol. II, n.º 19

*Ventajas del puerto y la isla de Hong Kong.* Quizá asombre a los lectores que se encuentran actualmente en Macao, pero no al más reducido número de los que aún residen en Cantón, el que sea nuestra opinión ponderada que nuestros primos británicos disfrutaran en sus hoteles flotantes de una situación preferible a la nuestra. Nos impresionó sobremanera Hong Kong la semana pasada, cuando hicimos nuestra primera visita al Puerto Fragante. No puede concebirse un escenario más grandioso, y proclamamos que nos sorprendería hallar un fondeadero más pintoresco que éste en cualquier parte del mundo. Tanto en su extremo oeste como en su extremo este (el visitante procedente de Macao o Cantón se acerca por el oeste), hay estrechos antes de que el fondeadero se ensanche de nuevo hasta alcanzar una extensión de más de kilómetro y medio. El extremo oriental del puerto es el verdadero cuello de botella. En el lado de estribor de la embarcación de Cantón está la isla de Hong Kong, con su escarpada montaña. Ésta es pura roca, completamente pelada, y alcanza (según cálculo por triangulación) una altura de casi seiscientos metros sobre el nivel del mar. La costa que hay al pie es muy estrecha y cerrada, con terribles barrancos y despeñaderos detrás. Cuando uno se dirige hacia el este, se encuentra con un largo valle, cubierto casi totalmente de arrozales, con algunos huertos de frutales y una ladera en su extremo a poco más de tres kilómetros. Por el valle serpea un río que desemboca en el mar. Se ven carabaos en los campos. El valle parece un anfiteatro, con montañas y cerros empinados por los tres costados. Tras él, el interior de la isla puede describirse justamente como una maraña de cerros irregulares y un laberinto de barrancos que se suceden caóticamente. La propiedad de la tierra nunca constituirá la riqueza de esta isla, pero sus aguas constituyen un capital líquido. El puerto es a la vez hondo y despejado, y podemos asegurárselo a nuestros lectores, totalmente distinto de la ampulosa y poco profunda bahía de Macao.

Contamos setecientas cincuenta velas en el puerto, excluyendo los juncos chinos de guerra. Éstos se hallan anclados cerca de la punta continental, que los nativos llaman península del Pico del Ave. Aquí se en-

cuentra también la ciudad (más bien una sucia aldea) de Kowloon, con su mandarín y su soldadesca piojosa. Según nos han dicho, hay dos o tres asentamientos de pescadores en el lado sur de Hong Kong.<sup>1</sup>

Vale la pena citar aquí otro testimonio de Hong Kong, éste extraído de un diario de viaje. Se trata del escritor alemán Ernst Jünger, uno de los seres humanos que más páginas escribió, ya que en su diario dio cuenta de cada uno de los días de su larga vida. El 31 de julio de 1965, Jünger, con su mujer, atracó en el puerto de Hong Kong procedente de Manila, durante un viaje a Oriente que duró cinco meses. Pero ya en esa época, Hong Kong había dejado de ser el idílico puerto de madera y juncos de la literatura, y se había convertido, a disgusto de Jünger, en una ciudad de hormigón. Éstas fueron sus impresiones:

Ya ayer, cuando pisé suelo de Hong Kong, estaba de mal humor, pues presentía que llegaba a un *totum revolutum* de esos donde hasta las cosas bellas o que la literatura nos ha hecho familiares se muestra a los ojos en estado de decrepitud.

Es cosa que causa asombro, ya por el simple motivo de que Hong Kong constituye uno de los lugares políticamente calientes del planeta y puede caer de la noche a la mañana en otras manos, el hecho de que en esta ciudad estén surgiendo del suelo, como setas, grandes bloques de rascacielos. También resulta increíble la celeridad con que se deterioran esos bloques. Los edificios que encabezan una hilera de ellos ya están llenos de grietas mientras aún se hallan en construcción los que ocuparán su final.

Desde luego yo no he visto en ningún otro sitio, ni siquiera en las abarrotadas calles de Damasco, donde se venden productos de orfebrería, un comercio de artículos libres de impuestos tan floreciente como el de Hong Kong. Con más densidad aún que en la Bahnhofstrasse de Zurich, se alinean aquí las tiendas de joyas, de porcelana, de antigüedades, de seda, interrumpidas por bancos, agencias de cambio de moneda, restaurantes de lujo.

Como todas las metrópolis de esta edad nuestra, Hong Kong se transforma al anochecer en un palacio de cuento de hadas. A las multi-